

mana nunca se levantara mas expeditamente para llegar á estas verdades sublímimas y para cogerlas, que quando estuviera mas gravada con todas las sucias maldades: y la conciencia de un impio tan perdido fuera la que debiera descansar mas sosegadamente; pues le hubiera tocado por suerte el acertar en sus juicios quando se resolvió á querer acá toda la felicidad imaginable, dexando para quien la quisiese la que se pudiera soñar allá.

Sabréis, pues, figuraos jamas desconcierto de cosas mas desarregladas? Esto sí que fuera un verdadero tener los pies donde va la cabeza, y un verdadero tener la cabeza donde van los pies; pues esto fuera caminar al revés de quanto dicta, no solamente la fantasía, sino tambien la razon. Y os agrada el seguir opinion tan hermosa? O qué estolidez! Haced lo que quisieréis. Es menester que experimente desmayos intolerables vuestro entendimiento, quando haya de inclinarse á tales despropósitos, y deciros: si. Los buenos en este mundo han de ser los engañados? Los malvados han de ser los entendidos? No lo dirá jamas.

CAPITULO XXXII.

Respóndese á las oposiciones que se traen contra la immortalidad del alma humana.

No levantara el valor de la obra el detenerse á rebatir los golpes de los contrarios en la cuestión reprehendida con ellos, si al rebatir los golpes no hubiéramos de lograr tambien el herirlos gravemente, como lo enseñan las buenas leyes de la esgrima. Traerémos, pues, aquí lo mas que oponen á la immortalidad del alma humana, para que con eso mismo se aclare quanto van, no solo fuera de la razon, sino aun contra razon, como rebeldes á la luz.

S. I.

Su primera instancia es: decir con cierta ostentacion de escarnio, que si el alma fuera inmortal, no parece posible que no volviese mas de una á tomar patria sobre la tierra, ó á hacerse ver por lo ménos para darnos noticias del otro mundo. Y sin embargo, quién hay que se pueda entre nosotros gloriar de semejante visita? *No hay quien haya sido conocido vuelto de los infernos* (1). Pero qué necesidad mayor, ¿querer á los sentidos por testigos de lo que trascienden los sentidos? No ha cometido Dios esta causa á la cámara baxa de la experiencia: la ha cometido al consejo supremo de la razon, ó (donde ésta no obra) de la Fé. Verdad es, que tampoco no faltan esas pruebas experimentales, pues muchas veces han vuelto las almas de los difuntos á dar cuenta de sí á los vivos. Y así como el dar crédito á qualquiera de semejantes narraciones, fuera sin duda debilidad de espíritu, así el negarlas todas es perversidad, repugnando á lo que mas de un Escritor ilustre ha testificado en cada siglo. Quan necio es aquel lapidario, que tiene por diamante á todo brillo, tan necio es aquel lapidario, que juzga por brillo á todo diamante.

Pero quién puede dudar, que estas apariciones no han de ser tan frecuentes, como las quisieran algunos, no siendo conformes á las leyes de la naturaleza, sino contrarísimas, de donde necesitan de su expresa derogacion? Así como los cadáveres no se deben á cada paso levantar de sus sepulcros, y volver á vivir, así no deben las almas separadas de aquellos cadáveres salir de los lugares que les ha señalado Dios, y volver á conversar con los vivos. Si estan en lugar de misteria, estan incesantemente tolerando

Part. I.

Na

te-

(1) *Sup. a. n.*

todas por sí sus penas sin alivio; y si estan en lugar de felicidad, reposan, gozando allí alegremente su premio, sin volver mas al tablado, después de los aplausos que consiguieron tan gloriosamente luego que acabaron de representar su papel. Dexar que un comediante vuelva al teatro, después que ha satisfecho á su obligacion, y baxado de él, es querer turbar la comedia: no lo piden sus lances. Esto sucede singularmente en nuestro caso; porque siendo la Bienaventuranza futura el premio de la virtud, es menester que quede obscura, para que esta misma obscuridad acreciente el valor de la misma virtud, y establezca mejor la proporcion conveniente que hay siempre entre el mérito y la recompensa.

§. II.

La segunda objecion tiene un poco mas de apariencia, y así tambien de seriedad; y es afirmar que el alma, dependiendo en el obrar de los órganos corporales, no puede subsistir separada del cuerpo. Y de hecho se ve, que quando por algun accidente los espíritus animales no pueden subir mas y baxar como antes del cerebro por los nervios que queda impedido al hombre todo el uso, por mínimo que sea, de la razon. Mas esto cómo sucederá, si todas sus operaciones racionales no dependieran forzosamente de aquellos espíritus? Demas de que qualquiera experimenta en sí, que no puede concebir alguna verdad, sin que en su fantasia se forme un simulacro, y como un retrato figurándose los Angeles y hasta al mismo Dios con semblantes humanos: *Ninguna cosa entiende el alma sin fantasma* (1). De lo qual se hace también manifesto; que quanto las operaciones de la fantasia dependen de la materia, tanto depende el entendimiento que queda sin la fantasia

(1) Arist. 3. de Anim. text. 30.

como un Pintor desvalijado, sin tabla, sin lienzo, sin pinceles. Para no errar en este discurso, que ha hecho que se deslumbré mas de uno, adulador excesivo de su propio cuerpo, es menester que distingamos dos maneras de dependencias: una esencial, y siempre necesaria para las operaciones: otra accidental, y solo necesaria por algun tiempo. El ver depende esencialmente de los ojos; mas de los anteojos depende por accidente: de aquí es, que cada instante acontece que se vea sin anteojos; mas que se vea sin ojos no acontece jamas. Ahora: la dependancia que tiene el alma en el entender de las fantasmas no es del primer género, es del segundo: es accidental; esto es, mientras que el alma, unida al cuerpo en el estado presente, vive en medio de aquella niebla, que las cosas corpóreas levantan por todos lados contra la verdad (1); pero al punto que se desata de él no es ya así, porque entónces separada de toda materia, puede obrar de modo muy diverso; esto es, contemplando las cosas inteligibles directamente en sí mismas, y no de reflexo en las imágenes groseras, coloridas para ella por los sentidos.

Y que el alma la verdad no depende absolutamente de los órganos materiales en su obrar, ni de los fantasmas, ya lo habemos demostrado bastante-mente con muchas razones; mas fuera de ellas, se confirma mas aún con otras: la primera, porque nada desea mas entender el alma que las cosas espirituales, las sublimísimas, las divinas; las quales de ningún modo son objeto de la fantasia: luego es señal de que el alma en su entender no depende esencialmente de los sentidos: de otra manera no deseara tanto levantarse mas allá de los sentidos.

Demas de esto, la operacion mas propia del entendimiento es la verdad.

(1) S. Thom. 1. p. q. 89. art. 1.

tendimiento consiste singularmente, no en entender lo que se le representa, sino en juzgarlo. Y sin embargo para este juicio, no solamente no es favorable el voto de la imaginativa, sino muchas veces es perjudicial, dando ésta al entendimiento frecuente ocasion de errar, si éste no es muy atento en corregir por sí mismo las apariencias engañosas de aquellos fantasmas. Pues de qué es señal mas de que no es el súbdito de ellos, sino que los domina? A parece el Sol sobre el horizonte, y los ojos trayéndole luego al alma las pruebas, se lo pintan por alto poco mas de dos palmos, por totalmente llano, y por abandonado de todas aquellas estrellas hermosas, que en tanto número poblaban el Cielo. Pero callad, callad, ó simples mensajeros! replica el alma: vosotros estais en esto tan lejos de la verdad, como de aquel cuerpo solar que habeis descrito. Lo que á vosotros os parece tan estrecho, sobrepuja en la cantidad treinta y ocho mil y seiscientos veces toda la tierra: lo que vosotros juzgais tan llano es un globo perfecto, tan luminoso, como inmenso; y aquellas estrellas, que creéis que huyeron de él tan presto para no parecer sus siervas, no se han movido ni aun una huella de su ordenanza: todas le asisten, aunque vosotros no las veis. Ahora: cómo fuera jamas tan contraria el alma á las disposiciones de los sentidos en juzgar, si dependiera esencialmente de los sentidos? Es verdad, que como señora se sabe servir en su tiempo y en su lugar de sus relaciones; mas tambien sabe despreciarlas donde es menester, y sabe desacreditarlas. Pues cómo les está fixa tan altamente? No pudiera poseer jamas aquella amplísima libertad de juzgar de un modo mas que de otro, á pesar de todos ellos, si esta libertad no se le derivara de aquel sublime origen, si esta libertad no fuera superior al cuerpo, de tal manera, que pudiera estar algún dia sin el cuerpo: *La condicion del señor se puede hacer*

me-

mejor por los siervos, mas no se puede hacer peor (1).

De aquí es que el alma, quanto va mas adelante en los años, tanto mas vigor tiene: al contrario de los sentidos, que quanto mas se envejecen, tanto mas débiles se hacen y mas inhábiles. Esta razon le hacia grande fuerza al entendimiento de aquel sabio Rey Don Alonso, como lo refiere su Historiador fiel (2), y la hace tambien á todos los que consideran, que en los consejos se suelen ántes oír los viejos que los mozos: *Como qualquiera se adelanta en la edad, así dice ántes su parecer* (3). Mas cómo, si el alma no crece en habilidad? Ni porque en los viejos decrepitos vuelva tal vez á anifiarse el discurso, pierde punto de fuerza este argumento, atendiendo á que no es el entendimiento lo que en ellos se enflaquece, mas son los instrumentos, de que el entendimiento ligado al cuerpo se sirve en sus operaciones. A un Cirujano, á quien por su edad anciana le tiembla la mano, no le falta el arte, solamente le falta el instrumento del arte, que es el brazo fuerte: en lo demas el arte se le perfecciona mas cada dia con el estudio: restituidle el vigor al brazo, y veréis si hay arte. Lo mismo le sucede tambien al alma; donde se ve que sus operaciones no dependen esencialmente de los órganos corpóreos, sino solo accidentalmente; esto es, segun el estado de esta vida: porque siendo el alma en tal estado forma del cuerpo, es menester que se acomode al cuerpo: de tal manera, que conciba todas las cosas como corpóreas, y esto por medio de potencias sensibles, que estan todas sujetas á irse gastando. Llegará aquel tiempo en que rotos tan duros lazos, podrá vaguear libremente por los inmensos espacios de la verdad, y fixar la vista inmediatamente en el Sol de las bellezas in-

te-

(1) *Lo Mejor, ff. de Regul. Jur. (2) Panorm. lib. 4. de Gentis Alphonzi. (3) Cicer. de Senect.*

teligibles, sin que se deslumbren los ojos: En llegando aquel día, que divida esta mezcla de lo divino y de lo humano, dexaré este cuerpo; en donde lo hallaré, y yo mismo me volveré á dar á Dios, decía Séneca (1).

Mas para qué replicaréis, este parentesco infeliz entre el cuerpo y el alma? No era mejor que el alma se quedase desde el principio lejos del consorcio de los sentidos, pues de su compañía no había de aprender más que degenerar de su nobleza? Es fácil daros satisfacción.

En una perfecta armonía los medios tonos se requieren, y no se excluyen. Convenia, pues, que en esta grande armonía que forma la simetría de las cosas (2), así como se hallaba un orden de vivientes puramente espiritual, quales son las Inteligencias celestiales, y se hallaba un orden puramente material, quales son los brutos, animales irracionales; así también se llegase á hallar un orden medio, que uniese el supremo y el infimo en un confín: que fuese el infimo del supremo, y el supremo del infimo: que fuese como un paso, que contiene lo hermoso de los puros espíritus; esto es, el alma, y lo hermoso de las puras materias; esto es, el cuerpo: y fuese, como lo llamaron muchos (3), un horizonte, donde se juntasen dos emisferios entre sí opuestos, el de la eternidad, y el del tiempo.

Además, que le sucede al alma, como un mercader enviado á países pobres, donde si quiere enriquecer, ha menester ayudarse con la industria. Los Angeles nacieron en país riquísimo; y por eso para llenar de operaciones sublimes su entendimiento no necesitan de pedir prestadas de fuera de sí las especies de

(1) Senec. epist. 102. (2) Saar. de Anim. 1. cap. 9. n. 16. (3) S. Thom. contra Gent. lib. 2. cap. 81.

de las cosas: tienen el emporio en sí mismos, por que con ellas los produjo su Hacedor en el primer instante. Mas el alma (criada pobre totalmente de esas especies) para proveerse de ellas tiene necesidad de buscarlas fuera de sí; y así se vale del ministerio de los sentidos, entrando, como dixe, en su compañía, para establecer por su medio este negocio, de que depende todo su caudal (1). Veis aquí, pues, dónde se funda la necesidad que tiene el alma de unirse al principio con el cuerpo: se funda en la necesidad que tiene de tomar prestada de la imaginativa los fantasmas, con los quales comercie, segun la habilidad que posee; y para hacerse rica de espléndidas inteligencias. Mas este contrato de compañía entre el entendimiento y los sentidos no es menester que dure siempre: en estando el alma bastantemente proveida, puede alegremente disolver este contrato, y negociar por sí sola (2), separándose del cuerpo, y obrando sin él en la contemplacion de todo lo verdadero que desea, y de todo lo bueno, á semejanza de los espíritus puramente intelectuales, con quien es confluente: y aun de éstos podrá venir mas enriquecida, y principalmente quando por la poca defension que hizo en la tierra, tuvo tambien poco tiempo de tratar (3). Verdad es, que el alma no puede entender bien al presente aquel estado mas alto, que le cabrá en saliendo del cuerpo, y por eso tiene tan grande horror con el pensamiento de la muerte próxima.

§. IV.

Y esta es la otra objecion que traen algunos contra la inmortalidad del alma humana, el horror del alma en consideracion á su separacion del cuerpo humano que se sigue al momento de su muerte. (1) S. Thom. 1. p. q. 80. art. 1. in corp. (2) S. Thom. 1. p. q. 80. art. 6. (3) S. Thom. contra Gent. lib. 2. cap. 81. § 1. p. q. 89. art. 1. ad 3.

hombre á la muerte, sino considerando dentro de sí, que aquel horror natural está mas en la aprehension y en el apetito, á quien en la verdad tocará el po-
recer, que en la razon, á la qual le toca quedar eter-
na. Esta en los entendimientos sabe ántes reprimir
ese horror, en tanto grado, que tal vez los hace lle-
gar (1), no á darse atrevidamente la muerte á sí mis-
mos (pues es notorio, que sin licencia las espaldas),
sino á suspirar por ella, como hacia quien dixo: *Cada
día de los que ahora milito espero hasta que venga
mi inmutacion* (2). Fuera de que, qué maravilla que
al alma, por el amor que tiene al cuerpo, le des-
agrade el abandonarlo, y el abandonarlo hasta por
pasto á los gusanos? Basta saber, que fué su com-
pañero en un trato, como dixe, de tanto logro, mas
para ella que para él. Mas sobre todo, no es esto lo
que hace á la muerte tan terrible á los mas de los
hombres: es no saber qué suerte les ha de tocar fi-
nalmente despues, si bienaventurada ó miserable. Mas
si es así: luego este horror confirma la inmortalidad
del alma humana, no la desbarata; pues esto mues-
tra, que ninguno se puede arrancar, aunque quiera,
del corazon esta alta expectación de premio ó de pe-
na, que dure siempre.

Finalmente, la última oposicion es una huida
vergonzosísima debaxo del nombre de retirada. Di-
cen, que las razones traídas á favor de la impugnada
inmortalidad no son evidentes, sino que se pueden
responder muchas cosas. Pero qué puedo aquí decir?
Si las mencionadas razones no les parecen de buena
cara á los entendimientos de los libertinos tan tras-
tornados, no es descreído de la verdad, sino triun-
fo.

(1) Cic. Tuscul. quest. lib. 1. (2) Job. 14. 10.

fo. Cómo podían resplandecer fielmente tan hermo-
sos objetos en tales espejos, todos sucios con lodo?
Mas entretanto, si las razones que se han traído no
son evidentes para ellos, son evidentes para el inge-
nio de Maestros excelsísimos, que las definieron á
lo ménos en grande parte por tales: y singularmen-
te son evidentes para dos grandes lumbreras en el cie-
lo de la sabiduría, para San Agustín y para el An-
géllico Doctor (1), cada uno de los cuales sería por
sí solo bastante para hacer un día claro. Y si algun
Escolástico, aun sutil, procuró obscurecer esta evi-
dencia, reduciéndolo todo á la Fé, ya se conoce que
lo hizo mas por deseo de la contienda, que de la
victoria, como lo observaron tambien sus mas de-
votos Comentadores: por donde en esta parte consi-
guió poco aplauso y pocos allegados.

Finalmenté, aun quando se debiese conceder por
galantería, que las pruebas traídas para la inmortalidad
del alma humana no eran evidéntísimas, queda
á lo ménos evidéntísimo, que son dignas de ser pre-
feridas á las pruebas opuestas; de suerte, que ningun
entendimiento, sin nota de suma temeridad, se pue-
da jamas casar ántes con éstas que con aquellas. Por
eso, aun á fingir que esta inmortalidad era una cau-
sa pendiente, todavia en el gran fuero de la razon
era menester para obrar con juicio, que qualquiera
juzgase á lo seguro: *Exámína la esperanza y el mie-
do* (escribe Séneca á Lucilio), *y siempre que todo
estuviera incierto, favorécete á tí* (2). Qué perderéis
vosotros, pues, si os ateneis al partido de reputar
vuestra alma eterna? Y por el contrario, qué no
perderéis en reputarla mortal? Veis aquí que habemo-
s llegado al día último vosotros y yo: vosotros,

Parte I.

Oo

(1) F. Socr. de Anim. lib. 1. cap. 10. (2) Greg. de Valent. 1. part.
dieta. 6. p. 1. punct. 3. S. Thom. contra Gent. lib. 2. cap. 79. sub fin.
(2) Senec. epist. 13.

¿quien la opinion de que todo muere os ha aconsejado, que discurrais libremente por todos los campos de los placeres vedados: yo, á quien la Fé de que no he de morir jamas, segun lo mejor de mí, me ha servido de algun freno. Qué os parece ahora? Por lo que pertenece á lo pasado somos ya iguales. Para vosotros se ha acabado todo divertimento; para mí todo afan: mas de ahora en adelante qué alta diversidad! Si lo acertais vosotros, es verdad que os alegrasteis por breve curso de años; mas no os alegráis ya, como tampoco yo. Mas si soy el que acierto, yo reynaré afortunado por todos los siglos con los seguidores de la Providencia Divina ya triunfante; y vosotros gemiréis por todos los siglos con sus rebeldes, oprimidos con el peso de una miseria sin término, que siempre os agravará mas desapiadadamente; pero jamas acabará de quebraros la cabeza. Pues qué seso fuera, aun quando las cosas en la peregrinacion de esta vida se quedasen dudosas, no quererse inclinar á la parte del monte ántes que á la parte del precipicio? Y sin embargo os inclináis á ésta.

Si el alma es caduca, decía aquel sabio (1), no habrá quien despues de nuestra muerte nos pueda afeár el deslumbramiento que habemos tenido en juzgarla inmortal: y si es inmortal, ó cómo nos tocará el afeárselo con placer sumo á quien se la fingió caduca! Mas yo no os digo nada de esto, porque quiera como permitir á vuestro corazon alguna pequeña duda en cosa que es tan cierta: os lo digo para sobreabundancia de verdad; pues este mismo ver, quanto mas prudentemente obra quien defiende la inmortalidad del alma humana, que quien la niega, demuestra evidentemente qual es la sentencia verdadera.

De-

(1) *Cato apud Tull. de senect.*

Dexemos, pues, de querer disputar mas contra nosotros mismos y contra todas las luces de la naturaleza, que de tan diferentes modos nos hace que veamos la nobleza de nuestro Sér sempiterno, para que nos vamos disponiendo, despues de una breve fatiga, para gozar sus frutos. Mueran estos miembros de lodo, que estan sujetos á la muerte: arruinense las paredes de esta cárcel, que nos tienen oprimido el espíritu, nacido para el solio: salgamos de la lobreguez de estas tan negras tinieblas á aquella luz, que ha de resplandecer de repente sobre nosotros en el instantáneo tránsito de un mundo á otro. Para qué temer tanto? *Este dia que temes como el último, es nacimiento del eterno: depon la carga.... Por qué amas de tal manera estas cosas, como si fueran tuyas? Con éstas estás cubierto: vendrá un dia, que te descubra y te saque de la habitacion de un vientre feo y de mal olor: alguna vez se te manifestarán los arcanos de la naturaleza, expeleráse esta obscuridad, herirá de todas partes la clara luz....* Creéis por ventura que es la Fé sola la que hace hablar? Tambien hizo que hablase así un Filósofo, la naturaleza (1).

CAPITULO XXXIII.

De la necesidad de una verdadera Religion, y del modo de discernirla entre las falsas.

Si hay un Dios en el universo, hay Providencia; si hay Providencia, luego el alma es inmortal: y si el alma es inmortal, es forzoso que haya alguna Religion, y Religion verdadera, que profese esa alma. Veis aquí una hermosa cadena de oro, traída de lo que se ha discurrido hasta ahora, para prender los pensamientos insolentes de los Ateístas.

Oo 2

§. I.

(1) *Senec. epist. xxi.*

§. I.

Solo queda que demostrarles esta última verdad, la necesidad de una Religión, que se haya de profesar. Mas esto es fácil; porque si aquella Divinidad que reconocemos no está dormida, mas es provida, es menester que tenga algun blanco á que ordene el universo; no entendiéndose otra cosa por Providencia mas que la razon de enderezar sabiamente sus medios al fin. Ahora, este blanco á que ha mirado Dios en la formacion de las cosas, no pudo ser otro que él mismo; que como es el primer principio de todas ellas, así tambien debe ser el último fin: no porque de esto le resulte á su Naturaleza Divina algun valor intrínseco (no pudiendo el que es abismo de perfecciones ni crecer, ni menguar dentro de sí); mas sí porque le redunde á su Magestad alguna honra extrínseca, en cuya virtud satisfaga á aquella suave inclinacion que tiene de ser amado de sus criaturas, y reconocido por su benévolo Autor. De suerte, que el formar este mundo no fué otra cosa al fin, que levantar un Templo suntuoso á su nombre; y el multiplicar las criaturas racionales no fué otra cosa, que multiplicar los adoradores. Mas si es así, fué consiguientemente de expresa necesidad, que les manifestase tambien á los hombres de qué manera queria mas que le adorasen en tan hermoso Templo; y con qué culto, con qué ceremonias, con qué ritos se debía proceder al pagarle tributo. El establecer esto fué puntualmente establecer la Religión que se busca; pues la Religión no es mas que una virtud, que nos liga con Dios con aquel obsequio especial que su Magestad nos pide, como principio de nuestro sér y como fin (1).

Y si la Bondad Divina tiene por costumbre juntar

1 S. Thom. 2. 2. q. 81. art. 1.

tar con su gloria propia la utilidad de las criaturas, y principalmente de las que son capaces de conocer á su Autor y de amarle, como son las racionales: tampoco por este capitulo podia dexar de haber alguna Religión verdadera, en virtud de la qual se hiciesen los hombres mas perfectos (1). Y quién no sabe, que la perfeccion de qualquiera cosa inferior consiste en sujetarse del todo á la superior, como se ve en el ayre, que entónces queda mas puro y mas resplandeciente quando se dexa dominar mas del Sol? Luego es menester que, si quieren los hombres ser mas perfectos, se sujeten rendidamente á Dios, así con el ánimo, como con el cuerpo; lo qual sucede quando el cuerpo con los ritos exteriores acompaña al ánimo en las protestaciones interiores que hace dentro de sí á la Divina Magestad: protestaciones siempre de nuevo mérito por la Fé, que siempre va renovando el hombre al exercitarlas.

Esta Religión, que es un hermoso compuesto de documentos para honrar á Dios, y de medios para ganarle, era tambien de suma necesidad para que viesen reciprocamente las gentes en tranquila union. Porque aunque la Justicia terrena, armada de penas y de premios, sea algun poco hábil para refrenarlas, no lo es bastantemente; pues quien ocultamente supiera conducir á su fin sus designios perversos de robar, de matar, de adulterar, se riera de todas las leyes humanas, que pueden hacer ruido contra los delitos conocidos; mas qué pueden hacer contra los ocultos? Para el perfecto gobierno de la República era por eso necesario tambien, y mucho mas el temor de otras leyes no despreciables, quales son las Divinas. Y éstas son puntualmente las que le entona al corazon de qualquiera la Religión, armada tambien

(1) S. Thom. 2. 2. q. 81. art. 7. in corp.

bien de premios y de penas, mas de otro peso, que se han de repartir en la vida de allá, que no tiene fin.

De aquí es, que la Religión les pareció á algunos invencion sagaz de la política; tan útil es para gobernar bien: *Ninguna cosa rige con mayor eficacia los pueblos que la superstición* (1). Mas no consideraron estos necios, que la política no le puede hacer jamas creer firmemente á alguno sobre todas las cosas lo que no le puede demostrar: se requiere para tanto aquella gracia interior, que no está en el poder de la política: ésta á lo mas mas podrá hacer, que se tengan por verisímiles aquellos artículos que va ordenando á su antojo; mas no podrá jamas hacer que se tengan indubitablemente por verdaderos. Y la opinión bien puede hasta cierto término contener á los pueblos en freno; mas débilmente, pues le tiembla la mano: ántes por esto quiero retorcer el argumento de esta perfecta forma. Si para contener á los pueblos en freno es buena una Religión solo imaginada, cuánto mejor será una real? Y si la real es mejor, quién podrá por esto mismo dudar que la hay? Ha de saber un hombre mas que Dios mismo, para ser su arquitecto? Y sin embargo fuera así, quando no Dios, sino el hombre fuera el que hubiera inventado un bocado tan fuerte para el vicio, y un incentivo tan noble para la virtud; y mas le debiera el Género Humano á ese hombre por la consecucion de su buena vida, que le debiera á su mismo Criador por la consecucion de su vida sola.

Demas de eso, quién hubiera podido la primera vez fingir en el mundo una Religión no verdadera, sino á semejanza de una verdadera que hubiese ya? La copia supone el original: el cuerpo es mas anti-

(1) *Curr.*

guo que la sombra; y nunca fué primero el ladrón para formar la moneda falsa, ántes fué el Príncipe para fabricar la verdadera.

Finalmente, cómo pudiera jamas la naturaleza humana, que es racional, sacar su provecho mayor de la mentira, que es el mayor enemigo que tiene? El horín no perfecciona al hierro, sino le consume. Y así vemos que las Religiones mentirosas, no solamente no han ayudado á la naturaleza humana á obrar como es; esto es, como racional, mas la han hecho degenerar en brutal, como claramente se conoce por tantos vicios de soberbia, de sensualidad, de impiedad, que debaxo de ellas han dominado en ella siempre mas que tiranos. Aquella Religión que sirve para el buen gobierno, es sola la verdadera; esto es, la que hace que el hombre en la tierra conozca á su primer principio, y por consiguiente tambien á su último fin, y que se una con él. De donde, como los Templos mas suntuosos conducen mucho para adornar las Ciudades, aunque de su principal intencion no se hayan erigido para adornarlas, mas se hayan erigido para dar culto al Cielo; así la Religión, aunque por su naturaleza se haya establecido para tributo del Criador, sirve reflexamente mas que se puede ponderar para la vida civil.

Repetiendo, pues, desde el principio: Si hay Dios (1), es provido y es poderoso: luego le toca ver cómo gusta de ser honrado de los hombres sobre la tierra, y no les toca á los hombres determinar cómo le han de honrar. Supuesto esto, no puede ser Religión subsistente la que no ha revelado Dios con su propia boca, no á cada hombre que sucesivamente entra en el mundo, que sería demasiado, sino solo al principio á alguno de ellos, que despues la haya

tras-

(1) *S. Thom. 2. 2. q. 81. art. 2. ad 3. Sum. de Fid. 4. sect. 1.*

trasladado á los venideros con sus debidas pruebas: que por eso todo nuestro estudio ha de consistir en esto, en discernir la Religion revelada por Dios. Hecho esto, no nos falta mas que ir á recibir á ella sola, é hincados de rodillas besarle los pies con íntima resolución de cautivar toda nuestra altivez á sus dichos, como á divinos.

§. II.

Dónde estan, pues, aquellos atrevidos, que llegan á decir para su alabanza, que no ven aún tierra firme sobre que fundar su estable creencia, y que por eso descansando acomodadamente sobre esta ignorancia, aunque supina, como sobre un colchon de sabiduría, yacen en la alta noche de la infidelidad, ostentando tambien á otros estas sus tinieblas, mucho mas que los abismos, entre los cuales se precia de mas hermoso rostro el que le tiene mas negro? Ah, que es demasidamente bestial este su reposo, y tambien demasidamente mortal! Es bestial, porque es de bestias no quererse informar de una verdad tan relevante, que no la puede dexar de hallar el que la busca con ánimo desapasionado; tantas son las hachas encendidas para descubrirla: y es mortal, porque así como la verdadera Religion se sustenta sobre la verdadera Fé, así la verdadera esperanza de la salud se sustenta sobre la verdadera Religion. En donde falta este fundamento no se puede levantar fábrica alguna, que no amenace ruina.

Quien tuvo, pues, la dicha de nacer en el gremio de la verdadera Fé, agrádzcaselo á Dios cada dia: quien no la tuvo qué ha de hacer? Vaya en su busca, y no descanse hasta llegar á hallarla. Aquel Dios, que como primera verdad, ha manifestado á los hombres los artículos que han de tener, y que como primera santidad, les ha descubierto tambien las virtudes que han de exercitar, si se quieren salvar

var; no ha hablado de modo, que no pueda entender su language qualquiera que estuviera desatado de toda perversa anticipacion, y pretendiese con llana sinceridad, no convencer á los demas, sino convencerse á sí mismo; no cavilar, sino creer; no profesar, sino hacerse capaz. El paño empapado en agua no está á propósito para teñirse con grana; mas enjúguese muy bien, y se teñirá.

Demas de esto, el mismo Dios está siempre pronto para añadir nuevas luces al entendimiento flaco, y nuevo calor á la voluntad fría, para que mas suavemente nos aficemos á sus voces, como á verdídicas, y á sus leyes, como á vitales; y para que reconociendo la legítima Fé como don sumo, nos esforcemos con humildísimas súplicas á conseguirlo de sus manos, con intencion de querer vivir siempre agradecidos á su Magestad. Jamas dexó de encontrar á Dios quien le buscó sinceramente; pues quanto se esconde á los soberbios, amantes de sí mismos, tanto se descubre á los humildes, amantes, no de sí, sino de la verdad; la qual al fin no es otra cosa que el mismo Dios: *Escondiste estos misterios á los sabios y á los prudentes, y los revelaste á los pequenuelos* (1).

FIN DE LA PRIMERA PARTE, y el fin de

Para mayor gloria de Dios.

Parte I. de la obra de Pp. IN-

(1) Luc. 19. *condidisti haec secreta sapientium et non sapientum*